

## CON OTROS OJOS

### Últimas voluntades

#### *Last wishes*

Antonio Juan Pastor

Había leído muchas cosas sobre el más allá y todo eso. No porque creyera o dejara de creer, sino porque me parecían especialmente interesantes las historias que contaban algunos afortunados que habían estado al borde de traspasar la línea, pero que habían conseguido aferrarse a la vida y volver del otro lado. Yo no tuve esa suerte. Mi muerte estaba cantada desde que me diagnosticaron el cáncer. Lo que no sabía es que desde este lado, por alguna razón que desconozco, se me ha concedido el privilegio de poder contar mi historia.

No sabría muy bien por dónde empezar. Recuerdo la cara del médico que me había tocado en suerte, porque de lo que no tengo dudas es de que tuve suerte. Su cara al mirar la radiografía revelaba lo que todavía no salía de sus labios. No sé si fue por mi condición de médico o bien porque él siempre actuaba así, pero me habló muy claro.

–Mira –me dijo, señalando con el dedo la radiografía–, esto que se ve aquí es una masa, ya ves el tamaño, y está muy cerca del bronquio principal izquierdo. Hay muy pocas posibilidades de que sea benigno, pero ahora lo que hay que hacer es apresurarnos a diagnosticarte.

Un individuo singular. Me sedujo desde el primer instante y creo que yo también a él, o al menos eso fue lo que me transmitió a medida que fue avanzando nuestra amistad, si es que se puede considerar amistad la relación que dos médicos, uno como paciente y el otro como profesional, pueden entablar en tan poco tiempo como el que tuvimos, apenas un año. Aunque era médico de urgencias (creo que por aquel entonces era el responsable del servicio), se ocupó personalmente de mi caso. Yo era extranjero. Estaba de paso en ese hospital donde había ido a dar una charla para recaudar fondos para... Bueno, eso ya no importa ahora. No tenía médico que se pudiera ocupar de mí y supongo que fue por eso que él se hizo cargo. Después de un par de llamadas ya tenía programada una tomografía computarizada para dos días después y una broncoscopia. En efecto, no se había equivocado. Era un cáncer, un tumor maligno que desde mi bronquio principal izquierdo se extendía a territorios contiguos e incluso amenazaba con invadir la pared del esófago. La anatomía patológica reveló que se trataba de un carcinoma

escamoso, pero a esas alturas eso era lo de menos. El tamaño de la masa lo hacía inabordable quirúrgicamente, por lo que me hice a la idea de que se había iniciado la cuenta atrás para mí. Fue entonces cuando me envié al oncólogo. Me dijo que hasta ahí podía llegar, hasta el diagnóstico, pero que si tenía que recibir tratamiento, serían los oncólogos quienes dirían cuál y con qué fin. A partir de ahí, fue todo un poco decepcionante. La quimioterapia y la radioterapia que me proponían eran puramente paliativas y en el marco de un ensayo clínico. No es que no confíe en la medicina convencional, solo faltaría. Me formé y me eduqué para ejercerla, pero precisamente por eso podía formarme mi propio criterio y, dada mi forma de entender la vida, enseguida decidí que era mejor no hacer nada y esperar mi final sin venenos circulando por mi sangre y sin radiaciones quemándome por dentro. Por alguna razón sentí la necesidad de explicárselo. Fui a verlo al servicio de urgencias.

–Ya sabía que no ibas a someterte a tratamiento –me dijo–. Tal como tú eres, es lo más coherente.

Apenas nos conocíamos, pero ya sabíamos lo suficiente el uno del otro. Probablemente él sabía más cosas sobre mí que yo sobre él, pero lo que yo sí sabía es que me iba a acompañar hasta el último día. Era de esos que no te abandonan, como más adelante pude comprobar.

Unos meses después empecé a notar algún problema al tragar. Ya me lo había advertido.

–En cuanto te suceda, vienes a verme. Habrá que hacerte una endoscopia –me dijo. Se repitió la operación de la primera vez. Un par de llamadas y en dos días la tenía programada.

–Te acompañaré –me anunció–. Ven a buscarme un rato antes y te acompaño, esto es muy grande y no quiero que te pierdas.

Yo sabía que no lo hacía por eso. Bromeamos con las enfermeras, con los digestólogos, pero la situación no estaba para bromas. Como era de prever, la masa había seguido creciendo y había invadido el esófago.

–Te van a colocar una endoprótesis y al menos eso frenará la estenosis de la luz.

Yo me dejé hacer, faltaría más. Las necesidades básicas, comer, orinar, defecar, son privilegios a los que

uno no está dispuesto a renunciar cuando se va a morir de cáncer. Eso y no tener dolor.

A propósito de la endoprótesis hablamos de lo que hoy se ha dado en llamar voluntades anticipadas. En esa época no se oía hablar de eso. Fue él quien me sacó el tema. No es que yo no quisiera hablar sobre ello, simplemente se me adelantó.

–Supongo que entiendes que esa medida es transitoria. Un día esa prótesis no podrá contener tu cáncer y habrá que tomar decisiones importantes. Cuando eso ocurra podría darse la circunstancia de que no estuvieras en condiciones de decidir. ¿Qué quieres que haga?

Puede parecer frío, pero a mí me sonó a gloria, a sinceridad, a cariño, a preocupación, a empatía, a todo lo que esperas de alguien que se ha ofrecido a cuidar de ti. Me habló de hidratación intravenosa, de sonda nasogástrica, de dolor, de analgesia, de sedación. Le dije que, llegado el caso, no me pusiera una sonda para alimentarme y que impidiera que muriera con dolor.

–Así lo haré, descuida –eso lo dijo con una voz ligeramente distinta a la suya habitual, que era algo más segura. Noté una cierta emoción en esas palabras, o tal vez fue solo mi imaginación.

Unos meses después sucedió. Me llevaron al hospital en un estado de deshidratación avanzada que me provocaba una cierta confusión y somnolencia. Al principio no lo identifiqué. Oía voces a mi alrededor, notaba que me tocaban, tal vez me pinchaban, pero no lo suficiente para sentir dolor. Fue al cabo de unas horas, a medida que me iba recuperando, cuando lo reconocí al entrar en el box. –Hola amigo –me dijo–. Has venido un poco tarde, ¿no? Era su forma de decirme que se alegraba de verme vivo, aunque hubiera llegado en las últimas.

–Sí, lo sé, pero ya sabes cómo son estas cosas. Yo no quería venir, ha sido mi pareja, que...

–No te preocupes, eso no tiene importancia ahora. ¿Te acuerdas de lo de la sonda?

–Claro, ¿cómo no me voy a acordar?

–Ahora es el momento de tomar la decisión. Si no te la pongo, tal como me dijiste, esta situación se repetirá en pocos días. No te podemos hidratar indefinidamente por vena. Yo haré lo que me digas, solo quiero que lo sepas. Tú me dijiste que no te la pusiera, pero a veces se ven las cosas de otro modo cuando se acerca el momento.

–¿Me dejas hablarlo con mi pareja?

Ahora me doy cuenta, al contar todo esto, que apenas he hablado de mi pareja. Supongo que se debe a que, a pesar de que la quería mucho, la relación que se estableció entre él y yo y la muerte soslayaba la que tenía con ella. Pero lo de la sonda era mejor consultárselo, porque, al fin y al cabo, si me enviaban a casa, sería ella quien tendría que ocuparse de mí y de la sonda.

Lo llamé: –He cambiado de opinión. ¿Es un problema para ti?

–Para nada. Hablo con la enfermera que te atiende y que te la ponga. Solo que tendré que ingresarte unos días, porque tardarás un poco en reponerte y ahora estás muy débil. Solo serán dos o tres días, en una uni-

dad que gestionamos desde el servicio de urgencias y que se llama unidad de corta estancia. Allí podré estar al tanto de cómo vas y asegurarme de que no te someten a tratamientos innecesarios.

–Perfecto –le dije.

Al día siguiente vino a verme.

–Vamos, que te van a hacer una prueba para ver cómo está todo. No era la primera vez que me acompañaba a hacerme una prueba, pero sí la primera que lo hacía en su propio coche. La unidad estaba en otro edificio, separado del principal del hospital general por una autopista. Nos subimos al coche, yo con mi pijama y mi sonda, él con su bata. Mientras íbamos hacia el otro edificio le pregunté: –¿Hay algún piano en el hospital?

–Creo que no. ¿Tocas el piano?

–Sí.

–Supongo que me lo preguntabas por algo, ¿no?

–No, no tiene importancia, solo se me ha pasado por la cabeza.

No era cierto. En ese momento, por alguna razón que ahora sí entiendo pero que entonces no acerté a adivinar, me vino a la mente la que fue en realidad mi última voluntad, y no se trataba de si me ponían o no una sonda para alimentarme, sino que era tocar el piano por última vez. Yo no lo entendí así, aunque fuera yo quien lo expresara, pero al parecer él sí.

Esa misma tarde, estaba en mi habitación con mi pareja. Me sentía muy débil y sospechaba que me quedaba poco. En esos momentos entró. Era muy tarde para que siguiera allí trabajando y parecía tener algo de prisa.

–Vamos, te voy a llevar a dar un paseo. Ven tú también –le dijo a mi pareja.

–¿Vamos así?

–Por supuesto.

Lo seguimos. No había razón para dudar de él a esas alturas y tampoco demasiado tiempo para hacer preguntas.

–Si preguntan por él, decid que está conmigo –les dijo a las enfermeras.

Bajamos al exterior y nos dirigimos a su coche. Allí nos esperaba una chica, una amiga suya que luego supe que era enfermera. No pregunté adónde íbamos. Solo sé que no íbamos al hospital ni a hacerme ninguna prueba. Al cabo de unos veinte minutos vislumbramos el mar. Llegamos a una playa y de pronto se detuvo ante un bloque de apartamentos.

–Esta es mi casa –dijo. Subimos al tercer piso, sin ascensor, no sin dificultad. Entramos en un modesto apartamento de no más de cincuenta metros cuadrados y me llevó a una habitación que hacía las veces de despacho, sala de música y biblioteca. Y ahí estaba, un piano eléctrico Yamaha, de teclas contrapesadas, que tenía un tacto muy similar al de un piano acústico.

–Puedes tocar, si quieres.

La emoción no me permitió tocar más que unos compases, pero aún ahora tengo el recuerdo vívido del tacto de esas teclas en las yemas de mis dedos. Una vez dejé de tocar me llevó a la terraza.

—¿Una cerveza?

Asentí, aunque no me apetecía. En otros tiempos fue mi bebida favorita, pero mi paladar ya no era el de antes. Apenas le di un sorbo. Nos quedamos sentados los cuatro, en silencio, disfrutando del crepúsculo, observando cómo el sol se ocultaba tras las montañas. Estaba contemplando el que iba a ser mi último atardecer. Al cabo de un rato fui yo quien le dije que nos fuéramos. Estaba cansado y sufría por él. Era consciente de lo anómalo de la situación y de que seguramente se había saltado unas cuantas normas para concederme

mi última voluntad. Pero de todo cuanto recuerdo de mi agitada vida, tal vez ese roce de mis dedos sobre las teclas de su piano fue uno de los momentos más trascendentes, porque fue mi última voluntad y la pude cumplir gracias a que él se ocupó de ello. Ahora, visto desde la distancia, me parece uno de los gestos más importantes que mi médico, mi amigo, tuvo conmigo. Si pudiera expresar un solo deseo para la humanidad, más allá de los tópicos como erradicar el hambre y la injusticia en el mundo, no tendría ninguna duda: que nadie sea privado de cumplir sus últimas voluntades.